
Sigifredo Alvarez Conesa

Del circo y muchas y grandes atracciones

En la pista del circo Hermanos Montalvo
todos querían presentar su número a la vez.
El salto mortal y el crujir de la puerta
se unían a la estampida de los elefantes
y a los gritos despiadados de los tarugos.
La amazona dejaba caer de lo alto telas de vivos colores
manchadas de sangre, mientras saludaba
arrojando besos, flores, relojes de arena.
Otra amazona, saltando sobre la multitud,
cantaba.

A la trapecista, una desconocida, le brillaban los ojos
como dos cuchillos.

Agustín Blázquez, triunfante, entraba montado
en su ondulante caballo blanco.

En lo alto de la cuerda floja, Felipe I, el Hermoso,
bebía un vaso de coñac
mientras Juana la Loca, abajo, batía palmas
y con un sombrero de época en la mano
corría de un lado a otro, tratando de evitar con el gesto
la caída.

Perdido entre el público de las gradas,
perplejo, el Dr. Scott, con un pez muerto a la espalda,
ofrecía la salud eterna con la mirada.

Ampliando la voz, para hacerse escuchar,
el Marqués del Riscal, subido sobre tres barriles,
ofrecía ser jefe de pista.

Romanoff, el traidor, tocaba sin descanso la tuba.

Por la boca del instrumento, a cada soplido, salían pájaros y perros.

Pedro Primero, en su trono, hacía juegos de barajas
y con la batuta se anunciaba mago y director de orquesta.

Brincaban en la cama elástica los enanos de Botelles,
Caballeros de Santiago y de Montesa, venidos a menos
por estos lugares.

Terry era el domador de los dorados leones.

Osborne, malabarista y truhán, pendenciero y tragafuego,
sin querer o queriendo prendió candela a la paja
y todo el Circo se hizo humo en el tiempo.

Afuera reíamos con el payaso que mordía una flor,
mientras, arriba, el fuego era una jirafa, la cabeza de un perro,
una nube, sólo una nube, nada más que una nube.

Tratado sobre los metales

Los metales, generalmente, se presentan en forma de cuchillo. Suelen encontrarse en la gaveta del aparador, en los bolsillos, en las cajas fuertes;

a modo de crimen, cerca del cuello de la víctima, y del plato, en caso de uso doméstico.

Sus propiedades están determinadas por el largo y ancho de las hojas, y por la facilidad en el corte y penetración.

Algunas veces se presentan con grabados en la superficie que semejan búfalos, estrellas, campanas, perfiles de hombres y escudos, frases hieráticas, gestos.

Pueden encubrirse y caminar a la sombra. Pero como los ojos de las palomas, se denuncian por su brillo en zonas completamente apagadas.

Son tenaces, resistentes, solidarios, a veces traviesos, afilados, puntiagudos, de final a grito.

Al caer, mantienen un sonido peculiar que a veces recuerda vidrios rotos y aguas subterráneas. Su sabor es usual en algunos alimentos.

Viajan por todos los medios a su alcance: pegados al cuerpo, en aviones transoceánicos, dentro de maleticas inadvertidas, en la sonrisa.

Tienen la habilidad de decirlo todo o callarlo para siempre; vestirse a la última moda.

Su preparación consiste en eliminar lo más posible cualquier obstáculo, tanto de tipo natural como de fantasía.

La historia les da nombre romántico: daga.

Durante la colonización de la tierra prometida actúan los papeles principales en el campo de batalla y en el atrio de la iglesia.

A veces, los pueden confundir con políticos, generales, un diez de basto, un mariquita, un tragafuego, una vieja solitaria, una copa, el corazón de una reina.

Su aparición es señal de cataclismo, cuartelazos, bodas precipitadas. Se ponen a fuego lento, a óxido, a catarata.

Ya cocinado manténgase, si el caso lo requiere, a temperatura ambiente. No deben ingerirse después de alguna dosis de sulfá.

Antes de su registro y folio no existen otras contraindicaciones. Se fundamentan, actualizan y extrañan.

Los magos de segunda clase los amarran a pañuelos, anillos, conejos, huevos, papeles en blanco. Pueden disimularse entre la hierba parasitaria o dentro del sombrero de las sorpresas.

Los monjes les rinden culto con la cera derretida y los iconos.

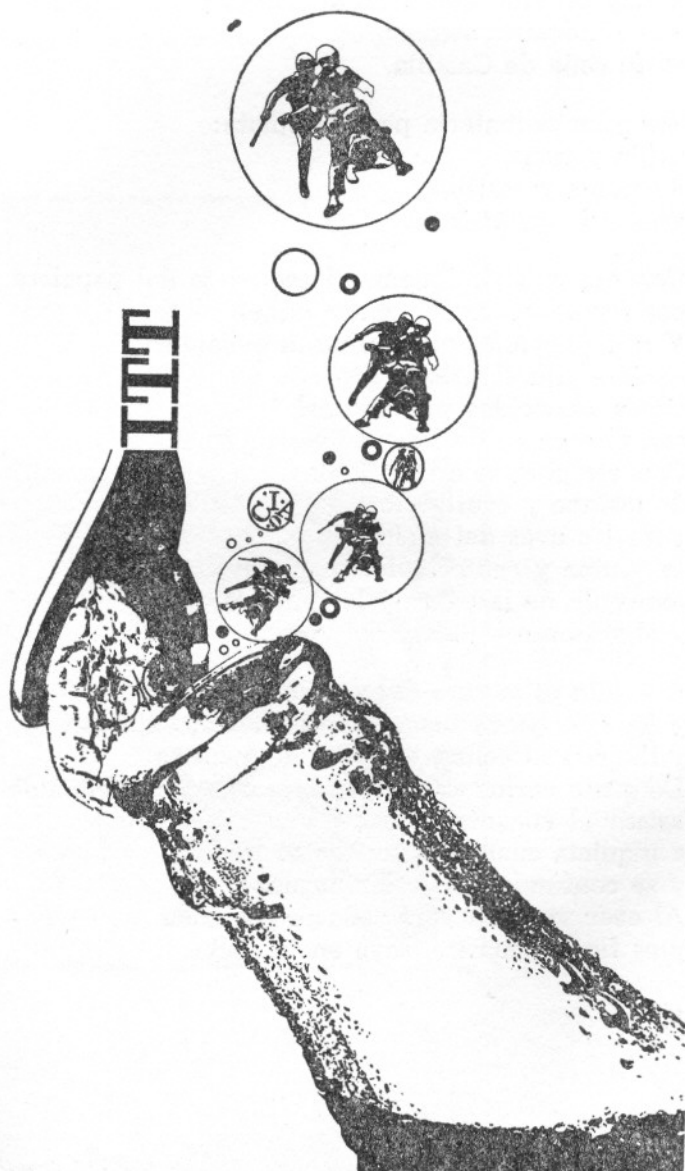
A veces se les trata de imponer a la bolsa de valores lo que otro al azar. Su precio ocasiona en los cardíacos la muerte inmediata.

Produce, también, tosferina, ataques de risa.

Cuando se les programa en la tv llevan al descubierto pastillas de jabón, automóviles, cigarros, loción de afeitar, demostrando un rasgo de carácter: vanidad.

Los temas principales son referentes a la Tierra de Jauja, la fuente de la juventud, la ciudad Eldorado, la Atlántida, el ave fénix, el estado de gracia, Helena la de Troya, los orishas, las catedrales góticas, Moisés, las águilas que devoraron el hígado de Prometeo, el tic tac toc, la Europa Occidental, la Carta de las Naciones Unidas.

Sépase por último, que tres cuchillos juntos hacen un tridente, una almendra, una cerca de púa.





De las razones y usos del güin

Y hay un güin que usan artesanos y pirotécnicos
en su industria menor:
el de caña de Castilla.

Ese güin es materia para la piñata:
avión y cisne,
mercante y castillo
llenos de aguinaldos.

Con ese güin se ingenia el esqueleto del papalote,
por ser ligero, arriba, entre nubes.
Y hay papalotes que nombran cubanita
—niñas con el pelo suelto.
Otros, conocidos por coronel,
son el espanto de los vientos.
Con ese güin se arman jaulas
de trampa y cautiverio
para las aves del monte
de pluma y canto lindo: mariposas, azulejos,
tomeguín de la tierra y los pinares,
y el sinsonte —pícaro del aire.

Ese güin es la vara del volador de a peso
y los que hacen fuegos artificiales al explotar,
y llueven lucecitas, estrellas de mentira.
Da gusto verlos estallar en la noche por encima de los techos,
asistir al encantamiento;
e inquieta cuando es mucho el ruido
y se confunden los relámpagos.
Al caer viene la vara todavía prendida
y es flecha, cometa, raya en la noche.